

HENRY JAMES

Viajes con Henry James

Traducción de Borja Folch



PRÓLOGO

HENDRIK HERTZBERG

Henry James era un arrogante *freelancer* de veintidós años cuando publicó, en el número del 16 de noviembre de 1865 del semanario *The Nation*, que llevaba cuatro meses en la calle, una de las críticas más demoledoras de la literatura estadounidense.* En su reseña anónima de un libro —*Drum-Taps*, una colección de lo que rechazó como «poemas espurios»— lo consideró «una ofensa contra el arte», «burdo», «monstruoso», carente de «sentido común» y «agresivamente descuidado, falto de elegancia e ignorante». Establecidos estos preliminares, el futuro autor de *Retrato de una dama*, *Daisy Miller*, *Los embajadores*, *La copa dorada*, *Otra vuelta de tuerca* y mucho, mucho más, procedía a dirigirse directamente al censurable poeta, reprendiéndolo como sigue: «Ser adoptado como poeta nacional no es suficiente para descartar cual-

* Henry James, «Mr. Walt Whitman», *Nation* 1 (16 de noviembre de 1865): 1:625-626.

quier cosa en concreto ni para aceptar cualquier cosa en general, para acumular rudeza tras rudeza, para descargar los contenidos sin digerir de sus cuadernos sobre el regazo del público. Debe respetar al público al que se dirige; pues este tiene gusto, aunque usted no lo tenga... No basta con ser grosero, lúgubre y adusto. También debe ser serio.»

Perdonémoslo. Era joven y rebosaba energía y entusiasmo. Con el tiempo, como es natural, Henry James cambiaría de opinión acerca de Walt Whitman, tanto es así que, en 1904, él y Edith Wharton pasaban largas veladas leyendo en voz alta y con regocijo *Hojas de hierba*. (Mientras James leía, recordaría Wharton, «su voz llenaba la habitación silenciosa como el adagio de un órgano», y exclamaba, «¡Oh, sí, un gran genio, sin duda un grandísimo genio!»).^{*} Más o menos por aquel entonces, en una carta a un amigo que le había tomado el pelo sobre aquella antigua reseña, se mostró melodramáticamente contrito. Era una «vergüenza», se lamentaba, una «pequeña atrocidad» que había «perpetrado [contra Whitman] con la burda insolencia de la juventud». Y añadía: «Solo sé que llevo más de treinta años sin ver esa execrable reseña y que, si se cruzara en mi camino, nada me induciría a leerla. Disto tanto de “conservar” las abominaciones de mi primera inocencia que las destruyo cada vez que las avisto; menos mal que ocurre rara vez.»^{**}

^{*} Leon Edel, *Henry James: A Life* (Nueva York: Harper & Row, 1985), 599.

^{**} Henry James a Manton Marble, 10 de octubre de 1903, en *Henry James: Selected Letters*, ed. Leon Edel (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987), 348.

Menos mal que el James maduro no estaba en situación de destruir sus abominaciones de juventud, ninguna de las cuales, por cierto, era abominable. (Incluso su arrebatada demolición de Whitman crepita con una portentosa exuberancia.) Valgan de ejemplo los relatos de viajes reunidos en este volumen. Aparte de ser deliciosos por derecho propio, estas no abominaciones de juventud son importantes por lo que presagian. Se cuentan entre los primeros balbuceos de una gran carrera con pocas semejanzas entre los escritores estadounidenses y británicos —o entre los escritores de cualquier nacionalidad, si vamos al caso— del periodo entre la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial. (Para la literatura, la Edad de Oro fue de veinticuatro quilates.)

El inmortal chiste de Samuel Johnson —«Nadie más que un tarugo escribió alguna vez, excepto por dinero»— no era aplicable a Henry James. Al menos, no del todo. En sentido estricto, James no «necesitaba» dinero. Su padre, Henry James Sr., había heredado el equivalente actual a ocho millones de dólares y, por lo general, estaba dispuesto a proporcionar una carta de crédito cada vez que uno de sus hijos andaba escaso de dinero en efectivo. Henry Jr. amaba a su padre, a su madre, a sus hermanos y a su hermana, pero también amaba la independencia. Solo quería escribir y quería escribir lo que quisiera escribir, y quería ir donde quisiera ir y solo quería rendir cuentas consigo mismo. En última instancia, escribió para hacer arte. Pero también escribió para soltar lastre, para liberarse a fin de hacer arte. Escribió por escribir. Para él escribir era un propósito en sí mis-

mo; pero no el único propósito, no cada vez que se sentaba a su escritorio.

En una época en la que pocos miembros cultivados de las clases media y media-alta podían permitirse viajar por placer, pasear de prestado era lo más parecido. Había un próspero mercado para los relatos de viajes. Aumentaban las tiradas, y las revistas estaban ansiosas por sacar provecho. Incluso una revista menor e intelectualmente elitista como *The Nation* —que entonces, como ahora, se consagraba a la política, con una sección de crítica cultural— quería su parte del pastel.

Con cierta modestia, James también. El dinero rara vez motiva a los escritores de la *Nation* actual, pero para James, en aquel entonces, ocupaba un puesto alto en la lista. Los honorarios que percibía por estos artículos —50 dólares la pieza— quizá no parezcan gran cosa, pero eran suficientes para que recorriera buena parte del camino hacia la autosuficiencia mientras deambulaba por el noreste de Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa occidental durante la década de 1870, acumulando impresiones que, tarde o temprano, aparecerían en sus novelas y sus cuentos.

Henry James era, casi literalmente, un viajero nato. Apenas tenía seis meses en octubre de 1843 cuando, junto con su familia, cruzó el Atlántico por primera vez. (Los James lo hicieron a lo grande, a bordo del *Great Western*, un vapor de ruedas con el casco de madera, de un tamaño y un lujo sin precedentes.) Efectuó otras cuatro travesías en la adolescencia, yendo a una apabullante variedad de colegios, estudiando con una sucesión de

profesores particulares y convirtiéndose en un asiduo visitante bilingüe de Londres, París y Ginebra. Pasó buena parte de la década de 1860 en Estados Unidos, mayormente en Boston y Cambridge. No regresó a Europa hasta 1869, esta vez como adulto y enfáticamente por su cuenta, para quince meses de viaje intensivo; Londres de nuevo, París de nuevo, Ginebra de nuevo y entonces, en un estado rayano en el éxtasis, Italia: Milán, Verona, Padua, Venecia, Pisa, Nápoles, Génova, Florencia y Roma.

Cuando regresó a Cambridge tenía veintisiete años. Todavía no había escrito un solo libro ni era famoso, pero sus críticas y relatos lo habían convertido en el favorito de los directores de las mejores revistas. Leon Edel, el biógrafo definitivo de James, resume el paso siguiente de su personaje, así como los motivos que hay detrás:

Apenas acababa de establecerse de nuevo en Quincy Street a principios de verano de 1870 cuando convenció a *The Nation* para que aceptara una serie de artículos sobre viajes de su pluma; visiones de Rhode Island, Vermont, Nueva York. Fue una oportunidad para ganar algo de dinero en efectivo; también fue una manera de convencer a *The Nation* de lo vivaz que podía ser como cronista de viajes, sobre todo si estuviera en Europa.

Existía, no obstante, un incentivo más profundo. Estaría «angustiado cual náufrago», dijo a [su gran amiga] Grace Norton, si regresaba a Europa con una

«ingrata ignorancia y negligencia» de su tierra natal. Por consiguiente iría a «ver todo lo que pueda de América y lo restregaré con resuelto fervor». Su gira consistió en una estancia de un mes en Saratoga, donde tomó las aguas y «astutamente observaría muchas idiosincrasias de la civilización estadounidense; una semana en Lake George; quince días en Pomfret, donde sus padres estaban de vacaciones; y otros quince días en Newport».*

Al menos tres cosas resultan especialmente llamativas a este respecto. En primer lugar, el joven James se considera suficientemente extranjero en su tierra natal para sentirse obligado a emprender un trabajo de campo, un programa sistemático de estudios cuyo objetivo era familiarizarse con sus rasgos geográficos y sociales. En segundo lugar, se propone recorrer una porción extraordinariamente reducida de su país. A fin de «ver todo lo que pueda de América», traza un itinerario que consiste únicamente en prósperos centros turísticos del Noreste. En tercer lugar, además de ponerse al día sobre «América» y ganar un poco de dinero, pretende inducir a *The Nation* a subvencionar su viaje por Europa, el lugar donde su fervor era verdaderamente resuelto. Sus seis ensayos para *The Nation* sobre lugares de Estados Unidos le valen otros diecisiete sobre Inglaterra, Escocia, Francia, Alemania y, con sumo cariño, sobre Italia.

* Edel, *Henry James: A Life*, 119-120.

La instantánea de Edel permite vislumbrar lo que cabría llamar el genio estratégico de James en el gobierno de su carrera. Desde el principio avanzó hacia la grandeza con majestuosidad, conforme a un plan íntimo. Su ambición era inmensa, su confianza en su arte y su talento, insondable. Fue su propio maestro, su propio mentor, su propio crítico, su propio supervisor. El resultado final, al cabo del tiempo, es un conjunto de obras sin par por su afiligranada calidad, así como por su pura cantidad. (En la biblioteca del Dartmouth College encontré siete metros y medio de estantes dedicados a escritos de Henry James, y otros seis metros con libros acerca de él.) Hacia el final de la década en que fueron escritos estos ensayos, James aparecería, con treinta y siete años, convertido en la madura autoridad literaria que seguiría siendo durante la segunda mitad de su vida.

Para los lectores de estas postales *jamesianas*, entonces como ahora, hay un bienvenido desapego de las noticias del momento. Las tribulaciones de la guerra, la política y la revolución casi nunca importunan y, cuando lo hacen, solo son referencias hechas como de pasada. Instalado en su hotel de Lake George en 1870, relajándose con la lectura de los periódicos neoyorquinos, está «leyendo sobre las grandes hazañas de Prusia y la confusión de Francia» mientras escucha a una banda de música germano-americana. «¡Qué augurio para el futuro de Prusia!», se maravilla. «Su sencilla presencia teutónica parecía un presagio.» (No podía saber en qué medida iba a serlo.) En París en 1872, «tras un ajetreado, polvo-

riente y agotador día en las calles, mirando ruinas carbonizadas y encontrando en todas las cosas una vago regusto a pólvora», asiste a una comedia de Molière en el Théâtre Français. El esplendor de la actuación le induce a sentir «una especie de lánguido éxtasis de contemplación y maravilla —maravilla de que la tierna flor de la poesía y el arte florezca de nuevo sobre prendas de ropa manchadas de sangre y tumbas recién cavadas». (Está aludiendo, por descontado, a la brutal represión de la Comuna de París el año antes.) Pero en estos ensayos no estamos en un concienzudo viaje de investigación. No estamos sin blanca en París y Londres. No, estamos cómodamente retirados en Saratoga y Venecia (y en París y Londres también). Viajamos por placer, y placer es lo que James nos proporciona; placer en los lugares a los que nos lleva y, sobre todo, placer en su compañía.

Viajar con James en estas páginas es tomarse unas apacibles vacaciones con un compañero totalmente avezado, sumamente culto e inteligente en extremo. Nuestro guía es un observador curioso no solo de paisajes, calles y catedrales sino también de cuadros, obras teatrales y las características —nacionales, sociales e individuales— de las personas que encontramos a su lado. Este es un libro para ser leído despacio, a fin de asimilar mejor sus vistas y sonidos, sus perspicacias y reflexiones; un libro de paseos a pie y, de vez en cuando, esporádicos trayectos en coche de caballos, con el chacoloteo de los cascos en los adoquines. Palabra a palabra, locución a locución, las largas frases de James, deliberadamente serpenteantes, bellamente detalladas, le guiarán al tomar las curvas de

una carretera rural, al subir la escalinata de un castillo desmoronado y al entrar en el silencio de una posada rústica o en el bullicio de un gran hotel. Siga el consejo de su compañero de viaje:

Ir en busca de cualquier objeto con el que uno ha soñado más o menos tiernamente; encontrar tu camino; acercarse con sigilo; ver por fin, sea iglesia o castillo, las cúspides de las torres asomar sobre olmos o hayas; seguir adelante con prisa y aparecer, y detenerse, e inhalar esa primera bocanada de aire que es el acuerdo mutuo entre tantas sensaciones; este es un placer concedido al turista incluso después de que el gran resplandor de la fotografía haya disipado tantos dulces misterios del arte de viajar.

De modo que haga el equipaje, y no olvide su reloj de bolsillo, su sombrero o gorra de cazador ni sus pasajes para la travesía. Aquí tiene su Baedeker. *Bon voyage!*

UNA PEQUEÑA GIRA CON HENRY JAMES

MICHAEL ANESKO

La mayor parte de la gente que sabe algo sobre Henry James quizá también sepa que, poco antes de su muerte en 1916, padeció una serie de apoplejías debilitantes. Como consecuencia, durante semanas perdió y recobró la conciencia aunque con frecuencia siguió conservando la capacidad de hablar. Mientras su fiel amanuense Theodora Bosanquet permaneció a su lado, fue anotando diligentemente cuanto decía, tal como había hecho durante años, sentada ante una máquina de escribir Remington mientras él le dictaba los textos de sus últimas ficciones y buena parte de su voluminosa correspondencia. En las segundas de estas transcripciones de su inconsciente, Henry James se transportó de vuelta a Francia —adoptando incluso el nombre de Napoleón— y declaró su ambición de renovar ciertos apartamentos del Louvre y las Tullerías, un gran proyecto que poseería «una majestuosidad no superada por ninguna obra de este tipo que se haya emprendido hasta la fecha» durante el Primer

Imperio.* En las extrañas divagaciones de su cerebro mal-trecho, Henry James completaba el circuito de los viajes de su vida, pues su primer recuerdo** era el de estar sentado en un carruaje a los dos años de edad, bamboleando los piecitos bajo un babi largo y suelto, asimilando «el admirable aspecto de la Place Vendôme y su Colonne»,*** monumento erigido en 1810 para conmemorar las aplastantes victorias de Napoleón Bonaparte en Austerlitz y Jena. París, por supuesto, proporcionaría el escenario para algunas de las mejores obras del Maestro —tal vez en particular *Los embajadores* (1903)— pero, casi desde el principio, su largo estante de relatos y novelas planeaba un itinerario entrecruzado de alcance transoceánico, a menudo en tándem con sus aventuras ambulantes.

Al poco tiempo del nacimiento de James en una casa cercana a Washington Square en la ciudad de Nueva York, su inquieto padre (y tocayo) se llevó a la familia al extranjero durante dos años, primero a París y luego a Londres. Después los James pasaron los diez años siguientes de nuevo en Estados Unidos, a veces en Albany —donde el abuelo paterno había amasado una inmensa fortuna—, pero mayormente en la isla de Manhattan, cuyas bulliciosas calles, teatros y museos ofrecieron al

* Henry James, «The Deathbed Dictation», en *Henry James Letters*, ed. Leon Edel, 4 vols. (Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1974-1984), 4:811.

** Revelado en el primero de sus volúmenes autobiográficos, *Henry James, A Small Boy and Others*, ed. Peter Collister (1913; reed. Charlottesville: University of Virginia Press, 2011).

*** *James, A Small Boy and Others*, 46.

niño un espectáculo urbano de primera. Siempre receloso de nuestra fijación nativa con los negocios y el hacer dinero, Henry James padre quiso dar a sus hijos (según le dijo a Ralph Waldo Emerson) «una educación más sensual» de la que probablemente recibirían en Estados Unidos,* de modo que mandó a la familia de nuevo a Europa y distribuyó su prole, en distintas épocas, entre colegios de Ginebra, Londres, París, Boulogne-sur-Mer y Bonn, o contrató a profesores particulares para que los instruyeran en casa cuando se trasladaban de un lugar a otro. Amamantado así en el cosmopolitismo, el joven Henry James nunca fue destetado.

A los veintiséis años, Henry James Jr. (como se le conocía entonces) ya había iniciado una carrera literaria escribiendo relatos breves y reseñando libros para revistas como *North American Review*, *Atlantic* y *Nation*. En este momento es cuando efectuó su primer viaje solo al extranjero, eligiendo deliberadamente seguir un itinerario bosquejado por él mismo. Sus padres y su hermano mayor, William, querían que absorbiera los rigores de la filosofía alemana (y la tortuosidad del idioma alemán), pero, en cambio, después de pasar varios meses en Inglaterra, Francia y Suiza, el joven James cruzó los Alpes a pie y descendió a Italia, un país y una cultura que todavía le eran ajenos puesto que sus padres nunca se habían aventurado a ir allí en alguna de las anteriores incursio-

* Henry James Sr. a Ralph Waldo Emerson, 31 de agosto de 1849, en Ralph Barton Perry, *The Thought and Character of William James*, 2 vols. (Boston: Little, Brown, 1935) 1:59.

nes de la familia en Europa. Montones de cartas enviadas a Cambridge trazan el recorrido de sus viajes, así como su creciente entusiasmo. Al llegar a la Ciudad Eterna, dijo efusivamente: «¡Al fin, por primera vez, estoy vivo! Esto lo vence todo: deja en nada la Roma de tu fantasía y tu educación. Hace que Venecia, Florencia, Oxford, Londres parezcan pequeñas ciudades de cartón. Anduve tambaleándome y gimiendo por las calles, en un frenesí de gozo.»* Con el tiempo, estos otros lugares recuperaron fácilmente su lustre en la estima del joven escritor, y la consagrada experiencia de los mismos reafirmó lo que se convertiría en las piedras angulares de James: atenta observación, justa medida y comparación.

En 1872 James volvió a tener ocasión de viajar al extranjero, esta vez como guía y acompañante de su hermana menor Alice (1848-1892) y su tía materna Kate (Catharine Walsh, 1812-1889). Después de escoltar a las mujeres aquel verano a lo que para entonces era ya una serie casi familiar de destinos en Inglaterra, Francia, Suiza e Italia, James las siguió a Liverpool para embarcarlas en el vapor que las llevaría de regreso a Estados Unidos. Pero estaba decidido a quedarse y demostrarse a sí mismo (¡y a sus agobiados padres!) que podía mantenerse con su pluma y no depender de los giros telegráficos que recibía desde Cambridge para pagar su estancia. La mayoría de artículos reeditados en este volumen dan fe de lo fructífera que fue esa ambición, al tiempo que confir-

* Henry James a William James, 30 de octubre [1869], Edel, *Henry James Letters*, 1:160.

man que la alcanzó. Un censo rápido de sus publicaciones consecutivas entre 1872 y 1874 arroja un cómputo cuantioso: en esos tres años publicó no menos de ocho cuentos, siete reseñas de instalaciones artísticas y exposiciones en galerías, veintiocho críticas de literatura y teatro y treinta artículos sobre viajes. Lejos de ser un viajero ocioso, Henry James trabajaba en su escritorio prácticamente dondequiera que fuese.

* * *

En muchos de estos artículos sobre viajes captamos humorísticos atisbos de detalles y elementos que encontrarían su lugar en posteriores obras de ficción de James. En Saratoga, por ejemplo, al escritor siempre se le recuerda que el superlativo parece ser el grado natural del idioma estadounidense. «La plaza del Union Hotel, me han informado repetidamente, es la mayor “del mundo”.» Su más amplia experiencia obliga a James a cualificar tales afirmaciones mediante amables comparaciones: «Hay varias cosas en Saratoga, por cierto, que en sus clases respectivas son las mejores del mundo. Una es el casino del señor John Morrissey. Incliné la cabeza con gesto sumiso ante esta declaración, pero para mis adentros pensé en el Mediterráneo azul, y en el pequeño promontorio de Mónaco, y en el verdor gris plateado de los olivos, y en la vista a través del mar abierto hacia los boscosos acantilados de Italia.»

En *Daisy Miller* oímos tal *bragadoccio* nacional incluso en boca de niños: a pesar de haber perdido casi

todos los dientes de leche por culpa de la caries, el pequeño Randolph Miller sigue insistiendo en que «el caramelo americano es el mejor», prefiriéndolo a los terrones de azúcar servidos con el menú del día en el Trois Couronnes de Vevey.* En *Retrato de una dama*, la irrefrenable periodista Henrietta Stackpole encuentra que en Europa nada tiene punto de comparación con su contraejemplo estadounidense: ni Londres ni París ni Roma pueden igualar «el lujo de nuestras ciudades occidentales», alardea, orgullosa; incluso la majestuosa cúpula de San Pedro sale mal parada «en comparación con la del Capitolio de Washington».** ¿Cómo iba a estar Miguel Ángel a la altura de Thomas U. Walter?

Los suscriptores de *Nation* quizá también apreciaran la sutil broma privada del autor cuando en 1870 se hizo eco de una frase acuñada por primera vez en las páginas de la revista no mucho antes. Mientras pasea por la avenida principal de Burlington, Vermont, James queda favorablemente impresionado por «los agradables y sólidos hogares americanos, con sus amplios jardines en flor, consagrados a la paz, el verano y el crepúsculo». Uno en concreto excita su fantasía, pero, con coqueta timidez, posterga una descripción más cumplida de su encanto doméstico: «La reservo por su auténtica inmortalidad para el primer capítulo de la gran novela americana.» Debemos atribuir a otro escritor de *Nation*, John

* Henry James, «Daisy Miller: A Study», en *Complete Stories*, 1874-1884 (Nueva York: Library of America, 1999), 240.

** Henry James, *The Portrait of a Lady*, en *Novels*, 1881-1886 (Nueva York: Library of America, 1985), 413 y 493.

W. De Forest, esta legendaria formulación; su ensayo breve «La gran novela americana» apareció en uno de los primeros números de 1868.*

Pero James cumplió su pícaro promesa al servirse de ese escenario en el primer capítulo de su (potencial) «gran novela americana», *Roderick Hudson* (1875), que comienza con una modesta viuda «haciendo los honores en una maloliente casita de campo una tarde a mediados de verano, recibiendo a una visita en el «porche enmarcado de rosas» de su confortable hogar en Northampton, Massachusetts.** Cuando, de nuevo en *Newport*, James «casi puedo imaginar... a un observador errante del espectáculo de Newport, soñando momentáneamente con una gran novela americana en la que la heroína debe ser infinitamente realista y, sin embargo, no una maestra ni una marginada», quizás esté anticipando el tipo de protagonista femenina que se convertiría en el constante sello distintivo de sus más perdurables primeras obras: Daisy Miller, en la novela homónima, la Catherine Sloper de *Washington Square* (1880) y la Isabel Archer de *Retrato de una dama* (1881).

Sin lugar a dudas, una apreciación inteligente de los viajes alentó a Henry James a dar mucha importancia a las virtudes del realismo literario. Merece la pena mencionar que sus otros contemporáneos destacados, Mark Twain y William Dean Howells, también pasaron años

* John W. De Forest, «The Great American Novel,» *Nation* 6 (9 de enero de 1868): 27-29.

** Henry James, *Roderick Hudson*, en *Novels, 1871-1880* (Nueva York: Library of America, 1983), 168.

de formación en Europa en las primeras etapas de sus respectivas carreras —una experiencia que afiló agudamente su conocimiento de los rasgos culturales, las costumbres y las formas de hablar, y que les ayudó a disipar las impresiones idealizadas a las que tan propensos eran los «inocentes en el extranjero».

Igualmente receloso de esa tendencia, es bien sabido que James reconoció (en una carta de 1872): «Es un destino complejo, el de ser americano, y una de las responsabilidades que entraña es combatir una valoración supersticiosa de Europa.»* La experiencia de viajar tal vez fuese la mejor salvaguarda. Tal como James concluyó en *Homburg reformado* (1873): «Las observaciones del “estadounidense culto” principalmente tienen que ver, en mi opinión, con el gran tema de las idiosincrasias nacionales. Es propenso a tener una percepción de ellas más sutil que los europeos; para su imaginación es más importante que su vecino sea inglés, francés o alemán. Con frecuencia me parece un ser que divaga distante pero que él mismo está medio naturalizado. Sus vecinos quedan resumidos, definidos, aprisionados, si se quiere, por sus respectivos moldes nacionales, sean agradables o no; pero su propia tipología todavía no se ha fraguado en bronce del Viejo Mundo.»

En sus escritos de viajes reunidos aquí, igual que en el resto de su obra, la piedra angular de Henry James es la libertad.

* Henry James a Charles Eliot Norton, 4 de febrero de 1872, en Edel, *Henry James Letters*, 1:274.